

—Paso, caballero—dijo Don Alonso apartándolo.

Don Leonel se sintió indignado, pero no pudo ni lanzar ya una exclamación, ni moverse siquiera.

Doña Esperanza, altiva y desdenosa, se unió al brazo de Don Alonso, y se retiró sin mirar siquiera á su primo.

Cuando Don Leonel alzó el rostro, no estaba junto á él mas que Doña Catalina, que lo miraba amorosamente.

## XXXI.

De cómo la vieja Doña Catalina oyó terribles verdades.

Doña Esperanza, con el alma destrozada, llegó hasta la cámara nupcial, seguida de Doña Catalina, la anciana, que había servido para formar todo aquel enredo, y de otras varias personas.

Don Alonso quería representar el papel de marido joven y apasionado, á pesar de la frialdad y esquividad de Doña Esperanza.

—Señora y esposa mia—la dijo—permitidme tomar asiento á vuestro lado, en este para mí el día mas feliz de mi vida.

—Libre y dueño sois de hacerlo—contestó con indiferencia Esperanza—tanto mas, cuanto que aquí delante de estos testigos quisiera deciros algo que me interesa.

—Hablad, señora; ¿qué cosa no haré por acomplaceros?

—De poca cosa se trata, señor.....

—Decidme esposo, Alonso si quereis; pero apartad de nosotros esas ceremoniosas palabras de señor, etc.

—Pues bien, Don Alonso.



—¿Otra vez, esposa mia? Suprimid el Don.

—Perdonad; eso lo hará el trato y la costumbre.

—Bien, esperaré, y ojalá sea pronto: ¿conque decíais.....

—Decia yo que supongo que tendreis para mí y para vos otra casa que no sea esta.

—¿Otra casa, Esperanza? ¿pero cuál casa? ¿acaso no es vuestra esta? ¿no sois su dueña y señora como única y universal heredera de vuestro padre D. Pedro de Mejía?

—Aun no he entrado en posesion de esa herencia.

—No le hace; vos sois dueña y señora de todo, y nadie se opone á ello.

—No importa; quisiera yo vivir en la casa de mi marido, en la que debe ser mi casa.

—Esperanza, mi casa, es decir, esa que ya es vuestra, no es digna de recibiros.....

—La habitacion del esposo es siempre digna de recibir á su esposa, cualquiera que sea la categoría de ambos, cualquiera que sea la distancia que los dividia antes del matrimonio.....

—Pero.....

—Creed que no admitiré disculpas; envid á preparar allá nuestras habitaciones, porque estoy decidida á no permanecer en esta casa ni dos horas mas.

—Pero, señora.....

—No quiero, no me conviene permanecer aquí por mas tiempo, ¿lo oís? y seria sensible para mí verme contrariada en los primeros momentos de mi vida y en una cosa tan justa como la que deseo.

Doña Esperanza habia tomado un aire de resolucion tal y hablaba con tanta firmeza, que Don Alonso no se atrevió á contradecirla, y contestó con resignacion:

—Sereis servida.

Don Leonel habia sido conducido por Catalina á uno de los salones de la casa, y á pesar de que Doña Esperanza estaba en la misma casa, como ésta era tan grande, unos en una ala del edificio y otros en otra, permanecian como independientes.

Don Leonel estaba sombrío, y no hablaba ni un palabra; Catalina le contemplaba tambien en el silencio.

Por fin ella se atrevió á hablar.

—Permitidme—le dijo—que os advierta, Don Leonel, que eso que conmigo haceis es muy poco galante, no solo para la mujer á quien hace poco jurábais amor eterno, sino hasta para una dama con la cual no os uniesen relaciones sino de simple conocimiento.

—Perdonadme, señora, teneis razon; conozco que he andado torpe y que teneis razon de sentirlo; pero hay acontecimientos que afectan de una manera muy profunda.

—Creia yo que ya no amábais á vuestra prima.

—Señora, perdonadme esta ruda franqueza; yo ereia tambien lo mismo, porque estaba seguro de mi amor.....

—¿Y os habeis equivocado?

—Ciertamente.

—¿Es decir que la amais aún?

—La amo y estoy desesperado.

—¡Caballero!—exclamó Doña Catalina levantándose furiosa—¿estais loco para hacerme á mí una confesion semejante?

—No sé si estoy loco, señora; pero no sé tampoco lo que me pasa.

—¡Caballero!

—Es la verdad, señora, es la verdad, y no me es posible fingir; en este momento siento que mi cerebro estalla.....

—¿Y el amor que me jurásteis?



—Señora, os amaba, sentía por vos pasión; pero amo á Esperanza, la amo, señora.

—¿Entonces era un capricho lo que sentíais por mí?

—No sé cómo explicaros esto.

—Caballero, hacedme la gracia de salir de mi casa—dijo Doña Catalina mostrándole la puerta con ademán terrible.

—¡Señora!—contestó Leonel levantándose pálido como un cadáver.

—Sí, salid de mi casa; jamás hombre alguno se ha permitido semejante cosa: salid, salid, y tened entendido que yo sabré vengarme de vos y de esa mujer.

—¿De ella? ¿y por qué?

—Porque ella es la causa de esta herida que haceis á mi orgullo; porque, ahora os lo confieso, habia llegado á amaros, á amaros de veras, como no habia amado nunca á nadie; porque habia yo consentido ya en ser algun día vuestra esposa, sí, y por esa mujer que os ha olvidado, me injuriáis: idos, Don Leonel; os aborrezco, os desprecio: idos, y cuidad de vos, porque me vengaré, os lo juro, me vengaré.

Y Catalina, agitada y con el rostro encendido por la ira, salió de la estancia, cerrando tras sí violentamente la puerta, y dejando á Don Leonel espantado de aquella fogosidad de pasiones que no conocia.

El jóven tomó su sombrero, y como un loco salió á la calle, sin saber adónde dirigirse.

Catalina entró á su aposento trémula y palpitante, se arrojó en un sitial y rompió en llanto.

¿Eran las lágrimas del dolor, ó las de la desesperacion? Ella misma quiso saberlo; pero pensó en que no volvía á ver á Don Leonel, y el llanto fué mas abundante. Entonces comprendió su desgracia; estaba verdaderamente apasionada de Don Leonel.

Poco despues llamaron á la puerta; Catalina limpió sus ojos violentamente y procuró tomar un aire sereno y tranquilo.

—Que pasen—gritó.

La puerta giró sobre sus goznes, y la vieja Doña Catalina entró al aposento.

—Hija mia—le dijo—todo está terminado: Don Alonso de Rivera es, como lo viste ya, el esposo de Doña Esperanza ante Dios y los hombres, y gracias á mí, vosotros sois ya legítimos dueños de las riquezas de Don Pedro de Mejía.

—Me alegro—contestó secamente Catalina.

—¡Válgame Dios!—dijo la vieja—qué frialdad para recibir una noticia tan grande! Pues no creas que no ha costado mucho trabajo conseguirlo; la tal jovencita tiene un carácter de hierro, y estaba apasionada del Don Leonel con todas las fuerzas de su alma.....

Catalina necesitó hacer un esfuerzo muy grande para no volver á llorar.

—A no haber sido—continuó la vieja—por el ardid de que me valí, es casi seguro que haciéndola cuartos, todavía no se hubiera conseguido nada; pero los celos, ¡los celos! ¡oh! por los celos son los hombres y las mujeres capaces de hacer cualquiera locura.

—Es verdad—murmuró Doña Catalina, porque aquellas palabras de su madre contestaban á sus mismos pensamientos.

—Lo dices eso con un tono, que parece que tú tambien estás celosa: sea por Dios, aquí todos están locos; quizá se te meta á tí el demonio de tener celos de Doña Esperanza.

—¿Por qué? ¿por qué?—preguntó furiosa Doña Catalina,



como si su madre hubiera penetrado en su corazón y adivinado lo que en él pasaba.

—Vaya, que estás hoy furiosa; pero ya voy creyendo que te has encelado por esa muchacha.

—¡Madre, por Dios!

—Lo dicho; á tí te pasó lo que sucede siempre: decias que ya no amabas á Don Alonso, y al ver que le perdias, se te ha encendido la pasión, y das á conocer que le quieres; así sucede, es la verdad.

Como aquello era lo que habia pasado á Don Leonel con Esperanza, y Catalina lo sabia, las palabras de la vieja le hacian un efecto terrible; parecia que eran estudiadas á propósito para herirla por todos lados, para recordar todo lo que habia pasado con Don Leonel, para convencerla de que aquel hombre no podia amar á otra mujer mas que á Esperanza.

—Así es el corazón—continuó la vieja—se apasiona cuando no debiera, deja pasar la dicha á su lado sin advertirlo, ó la desprecia; ama lo imposible, nunca encuentra amor correspondido; es el trabajador constante de su desgracia, y..... ¿pero qué es esto? ¿te pones mala?

En efecto, Doña Catalina se habia dejado caer desvanecida sobre una mesa que estaba á su lado.

—Cuidado, muchacha—decia la vieja procurando hacerla volver en sí;—vamos, ¿qué, te has vuelto sensible cuando menos lo temia yo? ¿Ha pasado?

—Sí—contestó Catalina—fué un ligero desvanecimiento.

—¿Pero qué es esto? ¿qué tienes? ¿ahora lloras? Catalina, ¿qué te sucede? todo esto es muy extraño en tí: dime, no me ocultes nada.

—Señora, soy muy desgraciada.

—¿Desgraciada tú, ahora que eres rica? ¿cuando eres jóven y bella?

—Sí, soy desgraciada.

—¿Pero por qué?

—¿Creeis, señora, que ese Don Leonel me ha despreciado, y lo que es mas, me ha confesado que ama aún á Doña Esperanza?

—¿Y eso te apura? Vaya que eres tonta: tú, tan jóven y tan hermosa, puedes tener aún cien amantes mejores que ese mozo, y ahora rica, aun cuando estuvieses como yo, te sobrarian amantes: si yo no hiciera ya tan poco caso de todo eso, con lo que yo poseo, que no es ni la décima parte de lo que tú tienes, me alcanzaria para proporcionarme diez amantes, apuestos, jóvenes y buenos mozos.

—Pero, madre.....

—¿Ya tenias capricho por él? lo comprendo; yo tambien en mis mocedades tenia capricho por algun mozo de los de mis tiempos, y sin darme razon yo misma del por qué; pero estos caprichos me preocupaban, y como yo era tan guapa como tú, no paraba hasta que me salia yo con la mia: así es que no te desesperes; ese jóven volverá y caerá á tus piés; con tu cara y tu garbo no se resiste tan fácilmente un hombre: esa historia del casto José, solo porque está en la Biblia la creo; la verdad es que la mujer debe haber sido ó muy fea ó muy tonta; pero ahora ya no hay de esos Josés, y los hombres dicen que nosotros somos débiles; pero ellos.... ya, ya verás.

—No, madre, no es un capricho, os lo confieso; yo estoy enamorada de Don Leonel, celosa, sí, horriblemente celosa de Doña Esperanza.

La vieja soltó una carcajada de burla, que hizo estremecer



á Catalina, que como todas las mujeres, habia tenido su época de ser espiritual.

—Cosa mas divertida!—decia sin poder contener su risa la vieja;—¿tú enamorada? ¿tú, mi hija, criada en mi seno y educada con mis ideas? Vamos, Catalina; si no estás loca, no sé cómo tienes valor de decirme semejante cosa, á mí que sabes que no creo en esas pasiones de leyenda, y que te conozco á tí como que eres mi hija, y que te he criado y educado, y que te he visto cambiar de amantes como de trages.

—Es verdad eso por desgracia; pero tambien lo es que yo amo á ese hombre.

—Pero aun suponiendo que eso sea así, ¿qué te impide que tú tengas amores con él? Ni tú ni él sois casados; ya te habrás vuelto escrupulosa, sin recordar que tu padre mismo era un hombre casado, y no conmigo.

Por acostumbra da que estuviera Catalina al lenguaje cí-nico y soez de su madre, sin embargo, en aquellos momen-tos le hizo una impresion dolorosa; la mujer vulgar estaba enamorada, y el amor la enaltecia; la Mesalina se tornaba en Magdalena.

—¡Por Dios, madre!—exclamó—no me habéis así, os lo ruego por Dios, no me habéis así.

—¿Pero qué es esto? no te conozco; pero si amas á ese hombre, no sé para qué demonio puedas quererlo.

—¡Madre!

—A no ser que te figures que pueda casarse contigo.

—¿Por qué no? si le amo, si él puede volver á amarme.

—¡Válgate Dios! ¿estás loca? ¿piensas que hay dos Pe-dros de Mejía? Vamos, Catalina, vuelve en tí, y confórmate con el papel que te ha tocado en el mundo, sin andar pen-sando en locuras.

—Pero sí, yo seria muy feliz con ser su mujer—contes-tó Catalina con esa terquedad propia de los enamorados.

—Eso es imposible.

—¡Imposible! ¿por qué?

—¿Crees, tonta, que ese hombre no sabrá lo que eres y lo que has sido, que si lo sabe antes no te tomará nunca por su mujer, y si lo sabe despues del matrimonio, no te arro-jarán de su casa sus lacayos? ¿crees que no conozca á algu-nos de los muchos que te han llamado suya en México, que han gozado de tus encantos? Oh! desengáñate y no quieras volar mas que hasta donde puedas.

—Pero si él conociendo mi vida.....

—¡Locura! ¿se uniria contigo nunca cuando supiera que desde los quince años de tu vida estás entregada al vicio, y que desde esa edad comercias con tu hermosura?

—Decid mas bien—exclamó Catalina furiosa—que vos sois la que habeis comeriado conmigo, la que entregásteis mi virtud y mi inocencia, la que procuró corromper siem-pre mi corazon y manecillar mi espíritu como manecillásteis mi cuerpo: sí, vos, señora, que no habeis sido para mí una madre, porque no habeis visto en mí una hija, sino una mer-cancía para enriqueceros.

—Y tú tambien has enriquecido.

—Sí, yo tambien he adquirido á costa de mi honor, esas malditas riquezas, cuyo peso no conocia hasta este momen-to, porque me siento regenerada, señora, porque abro mis ojos á la voz de la verdad, porque comprendo que soy rica, pero que valgo menos que la esclava mas infeliz; porque con mil tesoros mas de lo que poseo, no conseguiria volver á la inocencia ni á la virtud; porque pobre, miserable y cubier-ta de harapos, quizá conservaria la ilusion de ser la esposa de un caballero; no tendria que ocultarle mi nombre ni mi



historia, no bajaria mi frente con vergüenza delante de esa Esperanza á quien hemos hecho desgraciada, y que, lo confieso á mi pesar, es mas digna del amor de Don Leonel que yo; yo, que podré comprar amantes como vos decís, pero nunca inspirar una pasion ardiente y pura, una pasion noble: para mí los torpes placeres del amor, pero nunca el dulce gocc del alma, del corazon, del sentimiento: estoy condenada eternamente al pecado y á la desesperacion.

—Catalina, tú deliras—le dijo la vieja, asombrada del giro que tomaban las ideas de su hija.

—Sí, deliro, deliro porque comprendo lo que encierra de terrible mi situacion; porque comprendo lo que soy, lo que valgo en el mundo: sí, señora, esto es lo que me hace delirar: ¿quién soy yo, madre? ¿quién soy? una mujer perdida, deshonorada, que cubre con el oro su vergüenza, que tiene que ocultar para unos su verdadero nombre, que tiene que ser Estela para Don Pedro de Mejía, que engañado le dió su mano, y que no puede dejar de ser Catalina para los demas: Catalina, la desgraciada, la dama de picos pardos, la mujer que ha vendido su amor, que ha comerciado con su belleza, que no puede ni aun alentar la esperanza de ser digna nunca del amor del hombre á quien ama por vez primera.....

La madre escuchaba sin atreverse á contestar aquel torrente de palabras; Catalina estaba como fuera de sí.

—¡Oh! y lo que es vos, señora, me enseñais el abismo profundo, inmenso, espantoso, en el que estoy sumida, en el que vos me hundísteis, sin mostrarme la luz siquiera de una esperanza: decidme, vos que recordais mi vergüenza y mi rubor con el primero de mis amantes, vos que desvanecísteis mis temores, vos que le ayudásteis á burlar mi candor, haciendo brillar á mis ojos sus joyas y el oro, que

me abandonábais á solas con él para que insensiblemente bebiera el veneno dulce de su seduccion, ¿qué hago hoy? ¿qué hago para ser digna del hombre que amo? decidme, señora, vos que sois mi madre.

—El arrepentimiento—dijo como instintivamente la vieja.

—¿El arrepentimiento? ¡Oh! sí, lo sé, lo sé; el arrepentimiento me abrirá las puertas del cielo si persevero en él, si hay un Cristo que me sostenga en mi propósito; pero eso es la muerte, esa es mi despedida de la tierra, ese es el principio de la penitencia y de la austeridad; pero yo no quiero todavía el cielo, señora, porque amo á un hombre, ¿lo entendeis? porque daria todo mi ser daria mi alma porque ese hombre fuera mio, porque sin su amor no comprendo ni la vida, ni el cielo, ni la salvacion, porque me habeis perdido para el mundo y para la eternidad: yo amo á Don Leonel, y por él, por él no mas, no por el cielo, siento el haber pecado, porque sin sentirlo he llegado á adorarle; es mi Dios, es mi todo; él mueve mi corazon para aborrecer el cielo en que he vivido; sin conocerle, sin amarle, nunca hubiera pensado en esta contricion que siento por él, y si fuera capaz de perdonarme siquiera mis extravíos, si comprendiera lo que siento haberle ofendido antes de conocerle, ¡oh! seria yo muy feliz, aunque muriera en el acto. Dios mio, ¿por qué no conocí á este hombre cuando era pura? ¿por qué le he conocido ahora que no soy mas que una ramera, una infame?

Y Catalina, sofocada por aquel supremo esfuerzo de pasion y de entusiasmo, cayó de rodillas en el suelo y se recostó en el asiento de un sitial, sollozando.

La madre espantada, la contemplaba en silencio; era la primera vez que el relámpago del remordimiento alumbraba aquel corazon endurecido por el vicio.



—Perdonadme, señora, perdonadme, porque estaba loca, loca; soy muy desgraciada, mucho, muy desgraciada.....

Y la jóven volvió á llorar amargamente.

—Hija mia, pobre hija mia, conozco todo el peso de tu infortunio; ven, consuélate, consuélate y perdóname, porque yo soy la causa de todo, alma mia.—Y Doña Catalina se sentó en un sitial y atrajo sobre su regazo á su hija y la sentó allí como si fuera una niña.—Yo soy la causa de todo, hija mia; ¿pero qué quieres? yo no tenia educacion, ni religion, ni nada, ni sé á quién debí el sér, ni conocí á mis padres; me crió un soldado, y en mi juventud los hombres usaron de mí como un instrumento de placer, y nada mas; y uno tras otro me abandonaban, y nunca creí en amor, ni en pasiones, porque estas eran para mí palabras sin sentido; no conocia ninguno de los goces del corazon, y pasó mi belleza, y me encontré pobre y despreciada: entonces creias tú, bella y sola tambien, y yo en mi vida quise encontrar lecciones para la tuya, y creí, y eso te enseñaba, que era todo en la vida conservar con el placer la utilidad y ganar con las gracias y la belleza de la juventud oro para tener una vejez tranquila y no vivir en los últimos años con el amargo pan de la caridad, y pedir á un hospital un jergon y un Crucifijo para hacer el último trance.

—¡Pobre madre mia!

—Oyeme, óyeme hasta el fin: así te eduqué; creí que lo habia conseguido todo cuando te ví rica, y en los momentos mismos de mi triunfo, tu voz me dice: «madre mia, me habeis perdido; ¿para qué quiero ser rica si no puedo ser feliz? ¿para qué sirve el oro cuando se tiene el alma de cieno? ¿para qué voy á tener las comodidades del lujo, si el infierno está en mi corazon?»

—Perdonadme, perdonadme.

## XXXII.

En el que se prueba que una hija puede hacer la conversion de su madre.

CATALINA seguia llorando y sollozando, y como una estatua la vieja la miraba, haciendo entre sí terribles comentarios de aquella escena.

Despues de un largo rato, la jóven volvió el rostro algo mas sereno, y dijo con tristeza:

—¿Aun estais ahí, madre mia?

—¿Podia yo acaso haberte abandonado así? ¿no eres mi hija?

—¡Ah, sí!—exclamó Catalina levantándose—sois mi madre, porque solo una madre podia haber escuchado con paciencia cuanto os he dicho: deben haber sido cosas horribles.....

—Horribles, es la verdad; pero he sentido no sé qué en mi alma, he conocido que hay una realidad que yo me empeñaba antes en no ver; sí, he oido de tu boca cosas horribles, pero yo las merezco.....



—No, no tengo de qué perdonarte; tú eres quien debe darme el perdón: Dios me entregó un ángel, y yo le vuelvo una mujer perdida.

—Madre, madre!

—Sí, una mujer perdida, Catalina; pero yo haré por tí cuanto quieras: ¿qué quieres que haga yo por tí, por ese Don Leonel? Por ahora sí creo en el amor, y en la pasión, y en todo, en todo.....

—¡Oh! así, así me gusta veros, abriéndome las puertas de la esperanza: ¿creeis que tendré remedio?

—Sí, mi vida; un arrepentimiento como el tuyo, que es capaz de borrar hasta la huella del vicio, que redime el alma delante de Dios, ¿cómo no ha de encontrar gracia delante de un hombre? Sí, creo que él se conmovirá cuando le veas, cuando le digas: «Don Leonel, por Dios no he hecho lo que hago por tí; si lo hiciera por Él, Él me miraría con amor: mírame tú siquiera con lástima.»

—Sí, sí, eso le diré, eso le diré—exclamó Catalina loca de contento—y me oirá, y su corazón, que es noble y grande, conocerá lo inmenso de esta pasión que me purifica y me engrandece, y me mirará siquiera, porque yo he nacido para amarle, para servirle, aunque sea como la más infeliz de las esclavas de su casa.

—¿Y esa jóven, esa Esperanza?.....

—Ese será nuestro eterno remordimiento.... pero no.... ella le amó, ella le ama quizá..... que sufra, que sufra..... ante esa idea, ante el pensamiento solo de que se aman, siento brotar sangre de mi corazón. Me siento con las entrañas de una hiena y sería yo capaz de todo, porque pasan delante de mis ojos relámpagos de sangre y de fuego: ved qué haceis con ella; que no la vea yo nunca, que no oiga ni su nombre, porque me siento ahogar por los celos.....

—Ella ha determinado salir de esta casa é ir á vivir á la de Don Alonso: nada tienes que temer; sus relaciones con Don Leonel están rotas para siempre; un muro de bronce que yo cuidaré de conservar, se ha levantado entre ellos, y uno para el otro han dejado ya de existir.

—Mas vale así, para ella y para mí: ¿y creéis que no se verán, que no volverán á encontrarse?

—Lo creo, y estoy casi segura de que ella va á sepultarse en vida dentro del recinto de la casa de su marido; este matrimonio ha sido la señal del perpetuo retiro para ella.

—Dios lo haga: ¿y cuándo se va?

—Dentro de una hora cuando más, y eso venia yo á avisarte, que voy con ella á dejarla instalada dentro de su nueva casa, para volver de nuevo á ayudarte en tus planes de regeneración.

—Entonces id, madre mía, id, y activad cuanto antes esa marcha, porque yo no puedo vivir bajo el mismo techo que ella; ó yo ó ella debemos salir de aquí.

—Voy, y pronto, muy pronto estaré aquí.

La vieja salió, y Catalina se arrojó otra vez á llorar sobre un sitial.

Poco despues la puerta volvió á abrirse, y Doña Catalina se presentó cubierta con un manto.

—Hija mía—dijo—en este momento me voy ya á dejar á su casa á Doña Esperanza.

—Gracias á Dios, madre mía—contestó la jóven;—id, id, y volved pronto; pero por Dios, madre mía, á nadie refraís lo que ha pasado con esa jóven, ni los motivos del matrimonio.....

—¡Imposible!.....

—Si Don Leonel lo supiera, sería para mí la última ilusión que se desvanecía.



—No temas, Catalina; aun cuando me costara la vida, no diria yo nunca nada, te lo juro.

—Gracias, madre mia, me hareis feliz.

—Ojalá que pueda hacerte siquiera menos desgraciada!

Y Doña Catalina salió, dejando á su hija entregada á las mas profundas y tristes reflexiones.

Una carroza cerrada esperaba en el patio, y en ella entraron Doña Catalina, Don Alonso de Rivera y Doña Esperanza de Carbajal.

Los caballos partieron arrastrando el carruaje, y muy pronto llegaron á la casa de Don Alonso.

—¿Quereis que os aguarde la carroza?—preguntó Rivera á la vieja.

—No, que se retire; volveré á pié, y vos, si no os incomoda, me acompañareis; algo tendremos que arreglar.

El carruaje dió la vuelta para la casa de Don Pedro, y Doña Catalina y los nuevos esposos subieron á la casa de Don Alonso.

Como éste habia dicho, la casa de Rivera no estaba en estado de recibir á una novia tan jóven, tan bella y tan rica.

La casa de Rivera no era ya aquel magnífico edificio de la calle de la Celada, en que Don Alonso vivia con su hermana Doña Beatriz en los tiempos de su opulencia; no habia ni lacayos, ni carruajes, ni muebles suntuosos. Don Alonso habia llegado casi á la pobreza, y ostentaba lujo solo en su persona; su casa era una pequeña habitacion en la calle de las Atarazanas, con bastantes aposentos, porque todas las casas en México, y sobre todo en aquellos tiempos, eran grandes; pero esos aposentos estaban tristes, sin muebles, sin adornos.

—Esposa mia—dijo Rivera á Esperanza—¿veis con cuánta razon os decia yo que mi casa no era digna de vos?

Esperanza no contestó.

—Pero qué quereis, hombre solo, sin familia, viviendo siempre en la casa de Don Pedro de Mejía, casi nunca me ocupaba yo de lo que aquí pasaba, y era para mí muy duro el llegar aquí: excusad, pues, todo esto, que ya trataremos de componer, y entretanto culpaos á vos misma de haber querido venir á habitar aquí, en lugar de vivir en vuestro palacio.

—¿Adónde está mi aposento, mi cámara?—preguntó Doña Esperanza sin contestar á lo que le decia Rivera.

—Nuestra cámara querreis decir—contestó con sonrisa maliciosa Don Alonso.

—No, mi cámara—repitió con altivez Esperanza.

—Decís bien—dijo Rivera;—la cámara y la casa son de la señora y no del marido: venid.

Y seguido de Esperanza y de la vieja, se dirigió á la que se habia dispuesto cámara nupcial, bien triste en verdad.

—Aquí la teneis, señora—dijo con galantería, dejando pasar por delante á su esposa.

Esperanza contempló desde la puerta aquella estancia sin penetrar en ella, y luego volviéndose á Don Alonso, con aire de mando le dijo:

—Don Alonso, esta es mi estancia, mi cámara, ¿lo entendéis? mi cámara, pero nada mas mia; desde este momento tomo posesion de ella y os prohibo dar un solo paso dentro de ella.

—Pero, señora.....

—Esta es mi voluntad, señor Don Alonso de Rivera.

—Pensad, señora, que sois mi esposa y que tengo derecho de penetrar aquí á cualquiera hora.

—Pienso que no entrareis nunca, que no me vereis mas que cuando yo salga de aquí y os lo permita, que no os acercareis á mí jamás, y que no tocareis ni la orla siquiera de mi vestido.



—Doña Esperanza!—exclamó la vieja.

—Es mi voluntad y se hará.

—¿Pero desde cuándo la mujer prohíbe á su marido acercarse y penetrar en su aposento?—dijo Rivera.

—Desde que los hombres se casan no con las mujeres, sino con sus riquezas: vuestra esposa es la herencia de mi padre; haced de ella lo que os agrade: en cuanto á mí, á quien no os habeis unido sino para tener un título á esa herencia, no os reconozco como esposo, porque bien sabeis que ni os amo ni os he amado nunca.

Don Alonso estaba asombrado, y Doña Catalina, impresionada por la reciente escena que habia tenido con su hija, caminaba de sorpresa en sorpresa, no hablaba una palabra, y solo pensaba en su interior:

—Estas muchachas no son como las de mis tiempos; comienzo ya á creer que existe el amor.

—Señora—dijo en alta voz Don Alonso y como tratando de tomar la autoridad de marido;—señora, debo advertiros que esto es ya demasiado y que he tenido sobrada condescendencia.

—Habeis hecho bien—contestó Esperanza—y espero que así será en lo de adelante, porque es el único camino que os queda.

—Os engañais, señora, porque sabré hacer respetar mis derechos.

—¿Vuestros derechos? ¿y cuáles pensais tener? ¿el título de esposo, de marido de una mujer que no os ama? Os engañais, Don Alonso; antes de casaros conmigo, podiais haberme sacrificado impunemente mandándome asesinar; entregarme á la torpeza de un ladron, venderme á él como su querida, deshonorarme; pero ahora todo es diferente; ahora tengo títulos para exigir vuestro respeto, para exigir y es-

perar que cuideis de mi nombre y de mi honra, que son los vuestros; ahora vos sois el que tiene que obedecer y que temblar, porque yo puedo denunciar vuestros crímenes, y la sociedad podrá preguntaros si intentais hacerme desaparecer: «¿Adónde está Doña Esperanza de Carbajal?»

Don Alonso y la vieja se miraron: comenzaba ya á oscurecer.

—Don Alonso, os lo prevengo, no entrareis aquí jamás, ni me vereis ni me hablareis sin mi permiso; y en cuanto á vos, señora—dijo dirigiéndose á la vieja—salid de aquí, y en lo de adelante os prohibo presentaros en mi casa, bajo la pena de ser echada por mis lacayos. Don Alonso, haced que vengan unos criados para servirme, y buenas tardes.

Doña Esperanza se entró en su cámara, y cerró con un aire de soberano desprecio la puerta, que casi fué á chocar contra Don Alonso y Doña Catalina, que se habian quedado asombrados.